

CAPÍTULO XX. *De otras maneras de sacrificio que estos indios tenían*



UNQUE EL INTENTO PRINCIPAL DE EL DEMONIO era que muriesen hombres para llevar sus almas y poseérlas en las tinieblas infernales, no curaban estas miserables gentes de sola esta maliciosa y dañada intención de el demonio, sino que para ofrecérselas usaban de éste y otros diferentes modos, haciendo en ellos, como suelen cirujanos, anatomías; una de las cuales era después de haberles hecho rendir el alma, sacándoles el corazón por el pecho, desollarlos luego, cuyas pieles (en memoria de aquel sacrificio hecho en la hija del rey de Culhuacan y constituida en diosa, como dijimos) quitaban de los cuerpos, de la misma manera que desuellan chivos o machos, para hacer de sus cueros odres cerrados para vinos y otros licores, dejándoles unas aberturas por las espaldas y piernas, por las cuales pudiesen vestirse. Este desollamiento se hacía en algunas particulares fiestas y solemnidades de sus dioses, desollando en unas partes uno, en otras dos, en otras seis y en otras más, conforme eran los pueblos y personas que hacían la celebración y fiesta; y en Mexico, dicen, que se desollaban doce y quince, como en ciudad suprema y real, donde el que hacía la fiesta era el rey y monarca supremo de la tierra. Estos cueros o pieles se vestían los sacerdotes o ministros, diputados para este ministerio, por aquellas aberturas que dijimos quedarles hechas por las espaldas, y eran muy fáciles de vestir por razón de estar frescos y blandos, con los cuales bailaban y festejaban la fiesta o fiestas de sus falsos y detestables dioses; y no se los quitaban hasta pasados tantos días o semanas, conforme tenían de costumbre o mandamiento.

¿Cuáles andarían estos ministros bestiales con esta carga? Considérela cualquiera; porque además de andar ensangrentados, hediondos y asquerosos, traían sobre su desnudo cuero el ajeno que, después de seco, les apretaba y ceñía las carnes con grandísima estrechura; y comían y dormían con esta visión, que aun para vista de repente y sola una vez, causa horror y espanto. Este acto y manera de vestidura, dicen que usó aquel famoso y excelente rey Motecuhzuma en alguna fiesta; y no debió de ser él solo, sino que debió de venir corriendo la costumbre de más atrás, de otros sus antepasados y reyes comarcanos; para lo cual guardaban algún cautivo que fuese señor y principal, para que su piel ajustase, en lo noble de la sangre, con la del rey que se la vestía y bailaba con ella un rato, haciendo sus ademanes y contenencias reales en servicio de sus dioses; al cual espectáculo, dicen que concurría todo el pueblo y de muchas partes de la comarca, como a ver cosa particular y rara (que siempre lo son las acciones de los reyes). Otro sacrificio hacían en la fiesta de Tlaloc, dios de las lluvias y aguas, como se verá en su fiesta, de dos cautivos, uno varón y otro hembra; los cuales, después de muertos, no los desollaban ni comían, sino que los echa-

ban en una hoya, a manera de silo, que para esto tenían en una parte del templo diputada.

CAPÍTULO XXI. *De cómo sacrificaban niños a los demonios haciéndoles morir de diferentes maneras*



E LAS GENTES ANTIGUAS DEL MUNDO hemos ya dicho cómo sacrificaban niños a sus dioses; y esta misma maldad dejamos probada con texto de la Sagrada Escritura de los del pueblo de Dios, que es lo que admira; ahora resta tratar de este mismo sacrificio usado y no como quiera o en pequeño número, sino con extraño y crecido exceso de estos ídólatras occidentales, que solos ellos bastaban por ejemplo de esta impía maldad a todo el mundo, por los muchos que en la ternura de su inocencia despacharon de esta vida a esotra con este acto inhumano.

Este sacrificio era hecho de diferentes maneras, así como eran diferentes las ocasiones y tiempos en que se sacrificaban. La primera de éstas era cuando los sembrados estaban ya nacidos, que era luego al principio de su año, que lo comenzaban a contar por el mes que corresponde a nuestro marzo, como en su lugar se dice, para que creciesen y permaneciesen verdes y viciosas las mieses y plantas.

Esta vez se hacía este sacrificio en los pueblos grandes donde había señores y principales, cuya casa se dice Tecpan, que quiere decir palacio, de dos niños, uno varón y otro hembra, de edad de tres a cuatro años, los cuales habían de ser hijos de señores y nobles y no esclavos ni plebeyos; el cual sacrificio se hacía en los montes ofrecido al dios del agua, llamado Tlaloch, para que no faltase ni se descuidase en enviarla para el dicho efecto del crecimiento de las mieses y semillas sembradas, que en esta coyuntura iban ya de un palmo poco más o menos. Estos dos niños, así ofrecidos y muertos, no los comían como acostumbraban en otros sacrificios, sino que los ponían en una caja de piedra y en ella los guardaban; y a mi parecer, como cuerpos o reliquias de gente que personalmente no había pecado, cuyas manos iban limpias, como lo dice el psalmo, de pecados actuales, aunque sucias las almas con la mancha original, de que no iban limpios ni purgados, y por esta razón al lugar donde están todos los semejantes que mueren sin agua de bautismo.

En Mexico se hacía este sacrificio al dios del agua, llevando los dos niños (como hemos dicho) en una canoa, o barquilla pequeña de la laguna, a los cuales acompañaban muchos de sus deudos y parientes y sumíanlos con barquilla y todo en el sumidero o remolino que la dicha laguna hace en medio de sus aguas; y este sacrificio tenían por limpio y puro y muy ajeno de azares y contrastes.

Luego que los panes iban creciendo y estaban levantados de la tierra una vara o más, hacían otro sacrificio de niños, los cuales eran mayores que los pasados, así como también lo eran las mieses. Éstos compraban, ha-